

Recordando al Maestro

Remembering the Professor

Pasada la efervescencia y la natural conmoción que causó la desaparición del maestro Saúl, he querido escribir estas líneas para recordarlo, basándome en buena parte en mi participación en el homenaje que se le rindió en enero de 2014.

Su nacimiento, como le mencioné en su momento, ocurre en la Ciudad de México, el primer día del año 1931, como regalo de año nuevo, no sólo para su familia biológica, especialmente para la gran familia dermatológica.

Cursó la carrera de Medicina en nuestra prestigiosa Universidad Nacional Autónoma de México, *alma mater* de muchos de nosotros.

Tuvo la suerte de formarse como dermatólogo con el maestro Fernando Latapí, de quien fue alumno predilecto y por muchos años su mano derecha, tanto en el Hospital General de México, como en el Centro Dermatológico Pascua, donde lo recordamos con especial afecto por su sencillez para enseñar, su sentido práctico de ver las cosas y elaborar diagnóstico, por su fino sarcasmo para hacer atinados e ingeniosos comentarios, pero sobre todo por su evidente vocación para enseñar. De entonces me quedó muy grabado al mencionar: si tuviera que escoger una sola entre todas las actividades que desempeño, me quedaría con la enseñanza; así lo demostró hasta el final de sus días, murió como el enorme maestro que siempre fue.

A lo anterior aunó su desempeño como el sa-gaz clínico que siempre fue, su facilidad para hacer diagnósticos difíciles, despertando nuestra admiración y respeto durante la consulta en los momentos que tuvimos el privilegio de acompañarlo, la empatía con que conectaba con los pacientes, captando su confianza por la seguridad con la que manejaba la consulta y su evidente sabiduría, lo que contrastaba con su humildad al reconocer “en Dermatología, sabemos más pronto que no sabemos”.

Brilló como editor, desde sus tiempos de residente de la especialidad, pues por su capacidad se le confió el desarrollo de la naciente *Dermatología Revista Mexicana*, puesto que desempeñó junto con la Maestra Yolanda Ortiz durante 35 años, favoreciendo así que se convirtiera en el máximo órgano de difusión de la especialidad en la República Mexicana que ha unificado las dos principales agrupaciones dermatológicas nacionales (Sociedad y Academia Mexicanas de Dermatología), nacidas como rivales y que gracias a la revista unen y producen armoniosamente las publicaciones científicas de sus agremiados, cada vez con mayor calidad y prestigio.

Durante 17 años fungió como el quinto jefe del Servicio de Dermatología del Hospital General de México, impulsando servicios como el de Cirugía y Oncología, hombro con hombro con el Maestro Jorge Peniche, de recia personalidad, y creando el Laboratorio de Micología que confió

en quien puede calificarse como su hijo intelectual y una de las personas más cercanas a él: MC Alexandro Bonifaz, decisión que mostró ser más que acertada, pues a las publicaciones que el maestro Saúl ya tenía, se han ido agregando libros, artículos y numerosos trabajos de investigación, omnipresentes en congresos de nuestro país y en el extranjero, lo que ha contribuido muy importantemente al prestigio y desarrollo de la Micología médica mexicana.

Como pilar del crecimiento de la Dermatología mexicana, fue cofundador y miembro del Consejo Mexicano de Dermatología del que formó parte por muchos años.

No sólo en el contexto nacional, sino rebasando las fronteras de nuestro país sembró afectos y enseñanzas en todos los países hermanos de Latinoamérica y seguramente en otros más. Su papel de maestro a lo largo de toda su vida fue constante; algo que a muchos nos causaba admiración era su disposición para aceptar las invitaciones para dar una plática en los más remotos y humildes lugares a pesar de los riesgos e incomodidades. Llevó la enseñanza a un nivel de apostolado. Su presencia se hizo constante y valedera a través de su obra "Lecciones de Dermatología" que alcanzó 16 reediciones. En su momento "El Saúl" fue el libro de mayor proyección nacional e internacional en América Latina. Y aún ahora

que el maestro ya no está sigue siendo uno de los libros más didácticos y leídos pues la experiencia vertida en temas dermatológicos de difícil diagnóstico y tratamiento, como lepra, tuberculosis cutánea, sífilis y otros, son difíciles de igualar. En palabras de Marco Tulio Cicerón "no es lo mismo saber, que saber enseñar"; en pocas personas esta frase tuvo tanta certeza como en el maestro Saúl.

Se puede asegurar sin temor a equivocarse que, con el maestro Latapí cimentaron, a través de su participación en los congresos internacionales y sus publicaciones, el prestigio de la leprología mexicana, dándole proyección mundial.



Cambio de mesa directiva de la Sociedad Guerrerense de Dermatología. Doctores Guadalupe Chávez, Roberto Estrada, América Pérez Polito(+), Alexandro Bonifaz, Amado Saúl(+), y Guadalupe Estrada Chávez.

Entre sus cualidades relevantes, la modestia y generosidad lo caracterizaron y se hicieron patentes en su frase que ha trascendido a la historia: "Sin esperanza de premios ni honores".

Según el escritor argentino Domingo Sarmiento: "Los alumnos son la biografía del maestro"; incontables

generaciones de pre y posgrado tenemos el privilegio de ser parte de esa enorme biografía.

Por todo lo mencionado y a nombre de los que llevamos en la mente y el corazón sus enseñanzas y recuerdo, sólo nos resta decir:

Gracias querido maestro Amado Saúl.